LA BRÚJULA

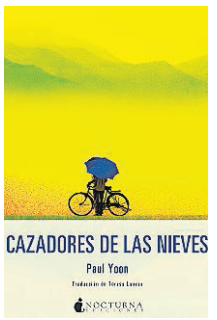
EUGENIO FUENTES

Guía para saber si es posible que haya alguien ahí fuera

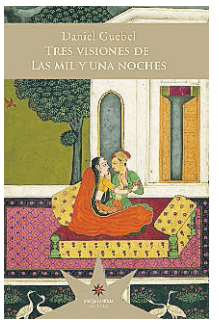
¿Hay alguien ahí? Seguro. Otra cosa es que sea posible, e incluso deseable, entrar en contacto con "eso", tenga la forma y las intenciones que tenga. Por lo menos ese es el convencimiento de **Jon Willis**, autor de un fascinante volumen cuyo título está tomado al gran **Arthur C. Clarke** y cuyo subtítulo es nítido: **La búsqueda científica de la vida extraterrestre**. ¿Y cómo puede estar tan seguro Willis? Pura cuestión matemática y filosófica: el universo, explica, es muy posiblemente infinito y "en un universo infinito todo es posible". Otra cosa, advierte el astrobiólogo, es que, por el momento, se carezca de pruebas de vida extraterrestre. Willis sabe hacer las preguntas, tiene respuestas documentadas para todas ellas y, lo mejor de todo, posee la capacidad de explicar la cuestión con todo rigor y con la mayor claridad. Así que prepárense para un vertiginoso viaje desde Marte a los exoplanetas. Diez, nueve…

Todos estos mundos son vuestros
Jon Willis
Trad. de Albert Fuentes
Alpha Decay
320 pág., 21,90 euros

Memorial Device
David Keenan
Trad. de Juan Cárdenas
Sexto Piso
292 pág., 21,90 euros



Cazadores de las nieves
Paul Yoon
Trad. de Teresa Lanero
Nocturna
184 pág., 14,50 euros



Tres visiones de las mil y una noches
Daniel Guebel
Eterna Cadencia
96 pág., 15,90 euros

Entre la rabia y la ilusión, en las entrañas del afterpunk

El escocés **David Keenan** (1971) ha sido durante años una relevante pluma musical, dentro y fuera de su país. Ya en los 2000, Keenan se subió al escenario y, desde las filas de **Taurpis Tula** –primero un duo y luego un trío– se dio a conocer como músico en discos como **Cadillac Sitting Like A Ton Of Lead**. En su primera novela, este **Memorial Device** que ahora se presenta en España, Keenan se sirve de un grupo de rock que nunca existió para articular un magno reportaje, basado en entrevistas tan ficticias como la propia banda y, de ese modo, reconstruir lo más maldito de la escena del afterpunk escocés. Rememoren. Son años duros, con la crisis que nunca se acaba atacando por un lado y la puñetera dama de hierro golpeando por otro. Pero ni la crisis ni el Gobierno pueden acallar los sueños y la rabia. Se alza el telón: "Yo era un adolescente flipado con el horror, el existencialismo y la ciencia ficción…" Potente.

Las dificultades de vivir en paz tras ser marcado por la guerra

La guerra y la paz son las coordenadas sobre las que el estadounidense de ascendencia coreana **Paul Yoon** edificó su primera y celebrada novela, esta **Cazadores de las nieves** (2013) que ahora ve la luz en castellano. Protagonizada por un superviviente del conflicto de Corea, **Cazadores de las nieves** despliega, con una prosa tan condensada y aérea como penetrante, las vicisitudes de intentar una nueva vida en Brasil. Una exploración, pues, de las segundas oportunidades en la que un individuo devastado por la guerra trata de rehacerse a partir de una soledad que se va abriendo a un elenco de personajes locales. Yoon dibuja con maestría la titánica lucha por dejar atrás los desgarros de la guerra en una inteligente narración sobre la incierta posibilidad de habituarse a la paz tras haber soportado durante años que la barbarie se convirtiese, de la noche a la mañana, en la única moneda de cambio.

Cuando Sherezade se escapó y volvió loco de deseo al sultán

Si la Sherezade de **Las mil y unas noches** se servía de la narración oral para aplazar la muerte, la del argentino **Guebel** (1956) recurre al sexo oral como puerta para escaparse del sultán y, con su huida, enloquecerlo. Guebel, cuya querencia por el orientalismo es antigua, porfía obra a obra en construirse su propio condado literario en ambientes exóticos a los que, para repeler vacuidades esteticistas, sienta en un diván-diwan. De modo que no es extraño que el sultán siembre caos y destrucción al perder a la mujer de cuya vida y muerte era juez y amo. Aunque todo se complica al sospechar que la huida y persecución sangrienta de Sherezade puede ser sueño o vigilia. Y esto es sólo el arranque de un volumen mínimo que, en tres relatos, estalla de potencia a ojos de lectores máximos. Porque cualquier narración de Guebel es sólo el umbral de acceso a una sombra donde el deseo se las tiene tiesas con la muerte.

Estado de gracia

William Saroyan despliega su arte magistral en **Un día en el atardecer del mundo**

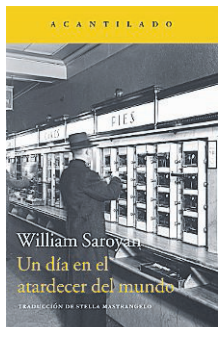
RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Últimos días de septiembre de 1955. Nueva York. Durante las Series Finales que enfrentan a los Yankees y a los Dodgers, Yep Muscat, un escritor de origen armenio afincado en California, llega al ombligo del mundo acuciado por tres problemas: Hacienda le ha embargado, añora a los hijos de su fracasado matrimonio y productores teatrales, agentes literarios y otras aves de mal agüero le aprietan las clavijas para que malvenda su talento a cambio de un dinero que necesita con urgencia.

William Saroyan destila en **Un día en el atardecer del mundo** su sabiduría para urdir una novela que deslumbra por su aparente sencillez. Imposible leer estas páginas sin admirarse de un talento que maneja todos los recursos a su alcance: las descripciones de los ambientes neoyorquinos son memorables; la nutrida galería de secundarios es apasionante; el empleo del diálogo como clave expresiva resulta insuperable. Saroyan dicta una lección a velocidad de peatón (se camina mucho en la novela) y de comensal (se bebe y se come sin descanso), al tiempo que despliega una vida completa con sus frustraciones, sus éxitos, sus anhelos y esa orgullosa autopercepción que sólo la dignidad regala. El resultado es un manual concentrado para aspirantes a novelista y una avasalladora muestra de lo que significa el oficio de narrador, alguien que se sirve de la materia prima de la que está hecha el hombre y renuncia a cualquier experimento formal pues no necesita contar nada que no conozca de primera mano.

En efecto, en cierto momento se sugiere que el único tema de cualquier escritor es su experiencia. Siempre se escribe acerca de uno mismo. Saroyan convierte el aserto en dogma y despliega sus particulares tablas de la ley. Las páginas que dedica a contar la historia de los antepasados de su alter ego, las que introduce a modo de epifanía cuando recuerda su infancia y los sueños que la pautaron, las impresiones de puro, inviolable amor que la presencia de sus hijos le brindan, el elogio de la amistad mantenida durante décadas que vertebra parte de la acción o la prodigiosa escena final en la que recapitula lo sucedido desde la llegada de Muscat a Nueva York, dinamitan la distancia entre personaje y persona y equivalen a unos cuantos quilómetros de bibliografía de técnica literaria.

Saroyan es aquí un maestro en plena posesión de su arte, evidencia que se respira en cada página, en cada anécdota, se trate del malestar de un hombre que ve cómo su barco comienza a penetrar en el puerto de la madurez o de la hilarante historia de un padre y un hijo buscando uranio en tierras de Utah. **Truffaut** dijo de algunas películas de **Renoir**, caso de **El crimen del señor Lange** o de **La regla del juego**, que habían sido rodadas en estado de gracia. Apropiémonos de esta impresión para trasladarla a **Un día en el atardecer del mundo**. Porque si esta novela no pertenece a la gracia, sin duda está muy cerca de ella.



Un día en el atardecer del mundo
William Saroyan
Acantilado, 2017
224 páginas
18 euros